

## CONOCER EL TIEMPO, SABIA VIRTUD

"Aquí se habla del tiempo perdido que, como dice el dicho, los santos lo lloran".

La cita corresponde al título del poema de Renato Leduc de 1939, pero hoy le queda como anillo al dedo a este artículo a la coyuntura política mexicana.

En efecto, el presidente Carlos Salinas de Gortari y su grupo no quisieron o pudieron negociar a tiempo el gran compromiso democratizador que después de 1988 el país requería para continuar en paz su difícil proceso de modernización.

Ahora, cuando prácticamente no queda tiempo, hay que hacer un esfuerzo supremo por evitar que seamos nosotros, la sociedad en su conjunto, los que tengamos que llorar por ese tiempo perdido.

Cuando nos alcanzó el 1 de enero de 1994, ya habían corrido cinco largos años en elaborar, proponer, negociar y llevar a cabo una reforma política real, histórica; esa que todo observador sensato sabía que hacía falta en México desde antes de julio de 1988 o del 1 de enero de 1994.

El marco para la transición del cerrado juego priísta autoritario a otro nuevo, abierto, plural, acorde con los tiempos que corren y única forma de dar el salto al siglo que viene sin caer en la violencia o ingobernabilidad.

La necesidad de negociar con los principales actores políticos un conjunto nuevo de reglas, no presuponía la

conversión del salinismo a la democracia al estilo de San Pablo camino a Damasco.

No, en realidad se necesitaba de algo menos dramático y más realista; de sensibilidad política, prudencia, un poco de humildad y, sobre todo, de una visión de largo plazo.

Para el salinismo y para el país en su conjunto, hubiera sido mejor que los jóvenes tecnócratas en el poder hubieran atemperado su gusto por el poder total con una mezcla de inteligencia e instinto de conservación; que hubiera recordado al príncipe Giuseppe Tomasi di Lampedusa, quien advirtió que hay épocas históricas en las que para conservar lo que se tiene, o al menos una parte, hay que cambiar.

Nadie puede negar que después de su victorioso desastre (o victoria desastrosa) de 1988, el presidente y su grupo tuvieron el incentivo -y contaron con el tiempo- de negociar con la oposición.

Y me refiero a la negociación no únicamente con la "oposición leal" -el PAN- sino sobre todo con la más difícil, con la que habían golpeado con más saña dentro y fuera del proceso electoral: con la cardenista.

¿Qué es lo que se pudo y debió negociar?, pues el conjunto de reglas que permitieran en los enfrentamientos electorales por venir 1991-1994- no agudizaran el choque entre oposición y gobierno, que no se volviera al borde de la solución catastrófica, como en el 88.

El objetivo político central debió de haber buscado que en la siguiente cita con el calendario electoral, ninguno de los grandes acontecimientos pusiera en duda la imparcialidad del proceso.

Para lograrlo, era insustituible la aquiescencia de la oposición más alejada del salinismo -la cardenista- a las nuevas reglas.

En los primeros años del sexenio hubo un tiempo para concertar esta agenda de la transición del viejo autoritarismo priísta a la democracia, pero al salinismo le faltó voluntad política y le sobró arrogancia para hacerlo.

Una auténtica reforma política, una que hubiera dado a las elecciones el papel que hasta hoy se les ha negado en México - el de fuente primaria y auténtica del derecho a gobernar-, hubiera afianzado la estabilidad del país en la parte final del siglo.

Claro que para tal reforma tenía un precio: quitarle al PRI su carácter de partido de Estado e introducir la incertidumbre electoral entre una clase política acostumbrada al triunfo ininterrumpido por 65 años.

Pero la ganancia era mayor que el precio: darle al PRD razones objetivas para apoyar el nuevo arreglo político y dar a Carlos Salinas el boleto de entrada por la puerta grande a la historia.

Esa misma política quizá hubiera mojado la pólvora del resentimiento acumulado por los grupos populares que rechazan

la política de partidos, radicalizados por tantos años de autoritarismos, desigualdad, marginación, corrupción y prepotencia de las burocracias.

Es verdad que antes de 1994 el gobierno no sabía lo que iba a ocurrir en Chiapas, pero también lo es que tenía elementos para suponerlo.

Si el ejército Zapatista de Liberación Nacional hubiera irrumpido en la escena política enmarcada ya por una auténtica voluntad del poder por llevar adelante la transición a la democracia, entonces el gobierno de Carlos Salinas hubiera tenido lo que hoy no tiene; el apoyo social activo para enfrentar con la violencia legítima del Estado el desafío de lo que en esas condiciones hubiera sido el EZLN fuera de tiempo histórico.

Pero no fue finalmente ese el caso, el que estuvo fuera de tiempo fue el presidente, no los zapatistas. Y a falta de legitimidad, el gobierno tuvo que negociar y reconocer, de facto, el status de los zapatistas como beligerantes y a resignarse a ser testigo de una Convención Democrática en plena selva chiapaneca.

Aquí el ejemplo de España viene al caso. Cuando el sistema español se transformó de autoritario en democrático, la violencia política del ETA, que por la vía del terrorismo busca crear la utopía, perdió la razón de ser que alguna vez tuvo.

En un pequeño libro del famoso sociólogo español Juan J. Linz, titulado *El factor tiempo en un cambio de régimen*,

publicado en México este año por el Instituto de Estudios para la Transición Democrática, se aborda justamente el tema del factor tiempo en circunstancias como las que hoy dominan en la vida política mexicana.

En la presentación, Helena Varela y Alonso Lujambio resumen así la propuesta de Linz: En las crisis y caídas de los regímenes, el tiempo "es una variable en sí misma, que puede llevar a resultados diferentes, incluso cuando las variables estructurales permanecen constantes". (p. 18)

La idea es tan sencilla como importante; una acción política tiene resultados diferentes dependiendo del momento histórico en que se efectúa.

Las acciones diferidas, asegura el sociólogo español, "son aquellas que se hubieran podido realizar en una situación anterior y cuya postergación implica una pérdida de tiempo sin beneficio aparente.

"El atrasar la decisión, así bien al parecer puede favorecer la estabilidad de un régimen, en la mayoría de los casos tiene, por el contrario, el efecto de provocar una pérdida de consenso". (p. 38)

Casi podría decirse que Linz tenía en mente una situación como la mexicana de hoy.

Un poco más adelante nuestro autor remata así su propuesta: "El tiempo, en la política como en la vida, es un recurso, por lo tanto una pérdida de tiempo o incluso sólo el miedo a malgastarlo, puede actuar negativamente en la

inestabilidad de un régimen, en las transformaciones oportunas en su interior que, si se hubieran llevado a cabo en su momento, hubieran podido facilitar el proceso". (p. 39)

Desde esta perspectiva, si la reforma política que por tanto tiempo negó y que finalmente aceptó Carlos Salinas tras el levantamiento chiapaneco de enero de 1994, la hubiera negociado y puesto en marcha antes -cuando aún estaba en control de los hilos principales de la trama política y el tiempo no se le había venido encima- posiblemente el conflicto político actual tendría un carácter diferente, las posiciones estarían menos polarizadas, la solución civilizada de la transición mexicana tendría mayores posibilidades de las que hoy tiene.

A estas alturas resulta muy claro que el salinismo hizo un cálculo que falló.

De entrada, decidió no dismantelar el autoritarismo heredado, sino personalizarlo para reforzarlo.

Una vez reforzado, lo empleó a fondo para poner en marcha una gran reforma económica que iba a crear intereses muy grandes, pero también iba a golpear a muchos intereses creados y, sobre todo, pasarle factura a la enorme masa de los que no habían tenido la oportunidad de crear interés alguno.

Ese autoritarismo fue el instrumento que le desbrozó el camino al neoliberalismo mexicano.

Todo muestra que hasta fines del año pasado la gente del poder consideró que si su proyecto económico tenía éxito, la

reforma política verdadera -el tránsito a la democracia- se podía y se debía posponer a un futuro que José Angel Gurría localizó allá por el año 2006 o 2012 d.c.

Entre tanto, era suficiente con reformas políticas incompletas pactadas con la oposición moderada, como el PAN.

Es posible que los salinistas estuvieran conscientes desde entonces que no había futuro histórico para el autoritarismo presidencial ni para el partido de Estado, pero apostaron a que la cita de ambos con su destino no tendría lugar sino en un futuro distante, donde fueran otros los que negociaran y pagaran el precio.

También es evidente que el presidente y sus consejeros dieron por sentado demasiado rápido que el desafío que representaba el PRD y el cardenismo disminuiría en la medida que el éxito económico se afianzara, y que, por tanto, no era necesario sentarse a negociar con Cuauhtémoc Cárdenas.

Las cosas han resultado distintas. Para empezar, el propio "milagro neoliberal" es menos sólido de lo que parece, pues está montado en uno de los mayores, si no es que en el mayor, déficit comerciales del mundo: 24 millones de dólares; en estas condiciones, el día en que el capital externo falle, todo el esquema entrará en crisis.

El Tratado de Libre Comercio ya es, finalmente, un hecho, pero lo que no fue es la promesa de crecimiento con que se le vendió a la opinión pública.

Finalmente, la creación de empleo en cantidades significativas sigue siendo un asunto pendiente, tan pendiente como la baja en las tasas de interés a niveles que permitan al productor mexicano competir con el extranjero y crear empleos.

Si las cosas no marcharon como esperaba el salinismo en lo económico, menos en lo político.

El cardenismo no desapareció, a su izquierda irrumpió el EZLN, y a la izquierda de los zapatistas hay ya otros actores.

Y en medio del desafío, el asesinato de Luis Donaldo Colosio, el desmantelamiento del círculo interno salinista, un candidato oficial sustituto y las divisiones dentro del PRI.

El tiempo perdido, la reforma que no se hizo en su momento, se trata de hacer ahora, cuando el tiempo se ha vuelto un bien extraordinariamente escaso, tan escaso como la credibilidad. El resultado es una debilidad institucional lastimosa.

En fin, el tiempo ido no se puede recuperar, por tanto, en los pocos días que quedan antes del 21 de agosto necesitamos nuevas y dramáticas acciones de parte de los principales actores políticos -sobre todo del presidente, pero no nada más-, que permitan dar un vuelco al clima de desconfianza imperante, y reconfirmen la viabilidad de un tránsito pacífico y constructivo de una antidemocracia que ya no tiene vitalidad a una democracia auténtica, base insustituible de la modernidad económica.

